

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—A mi madre, poesía, por Salvador Godoy y Godoy.—Paulina Rubens, novela por E. B.—Fantasia por Angel Arrieta.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

#### CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

Pero como el bien y el mal terminan al fin igualmente en este mundo, quiso Dios que se asomase en la puerta el franco y risueño rostro de Antolina la hermana de Antonio, que se ha casado con el pastor, y que solía venir por las mañanas y las tardes á ayudar á Susana en sus quehaceres.

En un instante puso la mesa, dió el brazo á don Tomás para que pudiese bajar al comedor y tuve el inefable consuelo de ver humear la sopa dentro de la sopera.

Yo creo que la vista de aquel ligeró humo

que se disipaba en el aire, fué para mí mas grata que lo que sería para el americano Fulton cuando vió moverse por primera vez las naves al impulso del vapor.

Nos sentamos á la mesa.

Los niños son como los pueblos: una concesion les abre campo para exigir mil concesiones. Yo que les habia permitido hacer fiesta aquel dia, experimenté los tristes efectos de mi benignidad. Ambos hermanos disputaron sobre si un plato era mas bonito que el otro, sobre si la tajada de éste era mayor que la de aquel, y ambos apelaban á mí, y por cualquiera de ellos que me decidiese, habia iguales lágrimas, idéntica gritería.

Te confieso que estaba aburrida.

Eduardo á veces se sonreía mirando á don Tomás, otras hacia una mueca de desagrado, y en muecas y sonrisas leía yo estas fatales palabras.

—Cuánta falta hace la abuela!

Y lo peor era que tenían razon: sin saber como ni de que manera, la paz estaba alterada y no habia ni un momento de sosiego.



—¡Oh felicidad doméstica, pensé, en cuán poco estribas! estás, como todas las felicidades humanas, pendiente de un cabello y sujeta á las cosas mas nimias y pueriles!

Como puedes suponer, la comida no fué mas que la continuacion de los martirios de aquel dia. La sopa estaba salada, el cocido crudo y el pollo más duro que los murallones de la más inexpugnable fortaleza, tanto que Eduardo arrojó lejos de sí el cuchillo y renunció á la empresa de trincharlo.

—Dí á Susana, gritó, dirigiendose á Antolina, que podia tener un poco más esmero, y que sobre darnos la comida á las seis nos la ha dado insoportable.

Cada una de aquellas palabras eran otros tantos puñales que se me clavaban en el corazón; pero fui tan cobarde que no salí á la defensa de Susana. También quise hacer una seña á Antolina para que suprimiera el mensaje; pero el orgullo me contuvo.

Sin embargo, como todo no habia de ser malo en aquel aciago dia, las tortas estuvieron inmejorables; pero yo no me atreví á reclamar los honores de un triunfo que tantos sinsabores me habia costado.

Cuando nos levantamos de la mesa era ya de noche.

—Vamos, hijos, á la cama, dijo Antolina á los niños.

Aunque la costumbre hacia que se le cerrasen ya los párpados de sueño, un natural espíritu de rebelion impulsó á María á que viniese á refugiarse entre mis brazos, y ¿cómo habia yo de resistir á los ruegos de la que habia sido mi providencia, en medio de los azares de aquel dia?

—Luego se acostarán, dije; hoy hemos comido más tarde.

—Si tiene sueño! exclamó Antolina.

—A que no! interrumpió María abriendo desmesuradamente sus bellos ojos azules.

—¿Y nos dejarás bajar al jardin? preguntó Luis.

—Andad, os concedo media horita.

Los niños se alejaron dando brincos, y yo que estaba deseosa de reparar en algun modo

mis torpezas anteriores, le dije á don Tomás si queria que le leyese.

El pobre viejo hizo un ademán de júbilo, y me señaló un grande infolio que habia sobre la chimenea.

Tuve la satisfaccion de ver que mi marido se arrellanaba en su asiento, y que estaba dispuesto á escucharme.

Animada con esto di principio á mi lectura, pero el libro contenia una antigua y disparatada historia de mandobles y cuchilladas; á los pocos renglones empecé á aburrirme, y aun no habia leído un cuarto de hora, cuando ya á muy duras penas podia contener los bostezos.

—Esto no es muy divertido, pensaba yo prosiguiendo mi soliloquio de todo el dia, y bien dice la abuela, que la estimacion general no se conquista sino á muy duro precio, como todas las cosas que valen algo.

Me faltaba, no obstante, el golpe de gracia.

De repente oimos unos gritos penetrantes en el jardin.

Me abalancé á la puerta; pero Eduardo ya me habia precedido, y volando hacia el sitio donde estaban los niños, volvió con María entre los brazos.

Corrí hacia ella y retrocedí aterrorizada. Estaba cubierta de sangre.

Luis venia detrás llorando y diciendo:

—Yo no tengo la culpa, yo no tengo la culpa!

—Me queria quitar mi pedazo de seda! balbuceaba María entre sollozos, y apretando contra el pecho un giron súcio y arrugado.

—Qué haces ahí inmóvil! me dijo Eduardo.. es preciso restañar la sangre.. vendar la herida...

Nunca me habia encontrado en semejante lance; estaba aturdida no sabia que hacer.

Por fortuna llegó Antolina, la cual se apresuró á decir:

—La pondremos sal y vinagre á falta de otra cosa mejor.

Hizolo así, y mientras vendaba la frente de la niña, la decia con la mejor buena fé del mundo:

—¿Ves? Por no haberte querido acostar cuando era hora. ¿Qué dirá la abuela? Calla...



calla... ¿no oyes el ruido del carro y la voz de Antonio que arrea á la mula? La abuela está ahí... calla y vamos á la camita... Mañana estarás curada y no te reñirá por tu desobediencia....

Demasiado cierto era: la abuela llegaba en aquel instante, y qué cuadro, Dios mio, iba á ofrecerse á su vista!

Susana llorando, los niños llorando, don Tomás confuso, mi marido disgustado! Había dejado un paraíso y encontraba un verdadero infierno! No tuve valor para arrostrar su primer mirada! Al sentir el ruido de sus pasos, me abalancé á la puerta, subí de cuatro en cuatro los escalones de mi cuarto, me arranqué más bien que me quité los vestidos, y me metí en la cama, cubriéndome la cabeza con las sábanas, como hacen los niños amedrantados por el bú. Allí escondida derramé lágrimas amargas, que aliviaron algún tanto mi pesadumbre.

Al poco rato oí ruido de pasos en la escalera, y ví entrar á la abuela con una lamparilla en la mano.

Puso la lamparilla sobre la cómoda, y se acercó de puntillas á mi cama.

Quise hacer que dormía, pero me vendió un involuntario suspiro.

La abuela se inclinó hacia mí.

—Tu torta está deliciosa, me dijo sonriendo, y Dios me ha inspirado para que pudiese pagar tu delicada atención con otra. Te he traído una cabrita blanca, casi recién nacida. Ya la verás mañana! Ahora duerme y no te apures por nada. El aprendizaje es rudo en todas las cosas, pero yo te ayudaré; adios, hija mía, hasta mañana! ..

Y depositó un beso en mis cabellos, me arregló cuidadosamente las sábanas, y se alejó otra vez de puntillas, cual si temiese desvelarme demasiado.

(Continuará.)

Angela Grassi.

## A MI MADRE.

Al mostrarnos la aurora  
sus resplandores,  
entonan dulces trinos  
los ruiseñores.  
A la Sagrada  
Virgen San'a María  
llena de gracia.

Esta perla de Oriente,  
madre querida,  
ampara corazones,  
dándoles vida,  
y es un encanto  
ver como los covija  
bajo su manto.

Si encuentra alguno triste  
ó atribulado,  
ella lo recomienda  
á su hijo amado;  
que esta Señora,  
es de desamparados  
Intercesora.

¡Que amorosa se muestra  
con la criatura,  
que sus glorias ensalza  
y su hermosura,  
y desde el suelo,  
la aclama Soberana  
Reina del cielo!

Es María el oasis  
que en dulce calma,  
desde lejos ofrece  
descanso al alma:  
y en la bonanza  
su sombra protectora  
nos dá esperanza.

Navegante que zurcas  
furiosos mares,  
de borrascas internas  
tristes pesares,  
busca á María  
y encontrarás el puerto,  
de tu alegría.



Pídela cuanto quieras.  
que ella es tu madre  
y procura ofrecerla  
cuanto le cuadre,  
y de ese modo,  
en tu madre sin duda  
lo hallarás todo.

¿No ves que la pradera  
por la mañana,  
la ofrece su verdura  
fresca y lozana,  
donde atesora,  
las perlas que en sus flores  
siembra la aurora.

El arroyo la ofrece  
dulce murmullo,  
y la tortola amante  
su tierno arrullo,  
y la amapola,  
la ofrece los colores  
de su corola.

La azucena el aroma  
de su pureza,  
la paloma gallarda  
su gentileza,  
y todo fruto  
a la reina del cielo  
rinde tributo.

Ofreced á María,  
sencillos dones,  
pues que solo nos pide  
los corazones  
que esta señora  
es de tiernos suspiros  
Recolectora.

Yo no sé que ofreceros,  
Madre querida;  
atribulado y triste  
paso la vida,  
sin otro anhelo  
que lograr vuestro amparo  
para ir al cielo.

En desierto me encuentro  
lejos del prado,  
solitario tomillo  
desamparado  
seco y sin flores.  
que ofrecer á la Reina  
de los amores.

Os ofrezco, aunque triste  
y atribulado,  
un corazón que llora  
por lo pasado;  
pues Vos, Señora,  
sé que no rechazais  
á aquel que llora.

Yo tenía una madre  
y si sufría,  
con maternal cariño,  
me sonreía....  
Y si lloraba,  
mis lágrimas de fuego,  
ella enjugaba.

Ya no tengo más madre  
que Vos, Señora,  
sed ¡oh Madre querida!  
mi Protectora,  
sed Vos, María,  
el amparo y refugio  
del alma mía.

*Salvador Godoy y Godoy.*

## PAULINA RUBENS.

*(Primera parte.)*

(CONTINUACION)

—Qué importan cincuenta francos, mil francos  
diez mil francos! exclamó Jorge con entusiasmo.

Nada ya de pobreza! Nada de privaciones.  
Paulina ya somos otra vez ricos y felices. Voy á  
pagar las deudas que he contraído en Amberes,  
pero fijarémos nuestra residencia en París. Com-  
praré una casa en el barrio de Martires, porque  
no quiero alejarme de los sitios en que tu has  
sufrido con tanto valor unas pruebas tan difíciles.  
Quiero también que esta casa me pertenezca; el  
propietario tendrá tal vez alguna dificultad en  
vendermela, pero yo le ofreceré tanto oro que no  
pueda menos de ceder.

—Amigo mío, qué dices? qué significa tanta  
alegría y esos transportes que me causan miedo?

El la tomó misteriosamente de la mano y la  
llevó hacia la ventana.

—Figúrate que el mercader, en cuyo escritorio  
trabajaba, acaba de despedirme!

—¿Despedirte? y ¿es esa la causa de tu alegría,  
Jorge?



—Sí; esta mañana tuvo necesidad de registrar sus libros de comercio; me los pidió, se los di, y advierte entonces sobre la última página, escrita una figura mística que representa á una mujer llorando bajo un árbol en cuyas ramas está ahorcado su hijo. El comerciante se enfada, me pregunta qué significa un abuso tal de su confianza, que quita el valor y la fuerza que sus libros pueden hacer ante la justicia.... ¡Pobre loco! le dije ¿no veis que este dibujo representa un árbol bajo el cual las lágrimas de la hechicera ha hecho nacer un tesoro? Hace algunos días, que un ángel, que está siempre á mi derecha, me señala ese árbol y bosqueja con el dedo el dibujo que yo he reproducido en vuestros libros, para que no se me borre de la memoria. Os asocio, si quereis, á mi buena fortuna; os daré la mitad de mi tesoro, porque os habeis portado bien conmigo cuando yo era pobre. El imbécil lejos de aceptar, me ha despedido y tomado otro dependiente.

Júzguese cual seria el terror de Paulina al oír estas insensatas palabras. No queria dar crédito á sus oídos y á sus ojos, miraba á su marido con la mayor angustia.

—Vámonos á la ópera. Te prometo que no estaremos hasta la conclusion; nos saldremos á las once y media, es menester que yo me encuentre á media noche en los jardines del claustro de San Lorenzo, allí es donde me ha citado el ángel, al pié del árbol de la hechicera para entregarme el tesoro. Vamos, ven.

—No, amigo mio; te suplico que no salgamos. Renuncia á tu proyecto de ir al teatro esta noche.

—No tengo inconveniente; al fin y al cabo mañana puedo muy bien tomar otro palco. Dime de qué color quieres que sean los tiros de tu coche, bayos ó tordos?

Mientras pasaba esta triste escena, Bella con el tacto é inteligencia que le prestaba su adhesión á sus amos, habia salido furtivamente en busca del médico Mr. Destrécs.

El doctor Destrécs era un anciano, que por una ligera indisposicion de Paulina habia empezado á relacionarse con la familia Van-Eykens, á la que tomó cariño y amistad por sus desgracias y laboriosidad interesante. Al ver el delirio de Jorge, no fué dueño de contener su inquietud y compasion.

—La enfermedad de vuestro esposo, dijo á Paulina, se presenta, señora, con los síntomas mas alarmantes; era necesario aislarlo, separarlo de todo inmediatamente, llevarlo á un hospital y administrarle remedios enérgicos, aunque á mi pesar digo, que su locura me parece incurable.

—¿Separarme de mi esposo? ¿confiarle á ma-

nos mercenarias? ¡ah señor! ¡que es lo que me aconsejais!

—Temo, señora, que el enfermo se vea arrastrado á actos de violencia, de los que fácilmente podreis ser víctima.

—¿Qué importa eso, caballero? ¿qué significa yo comparándome con la horrible desgracia que pesa sobre mi esposo? acaso mis cuidados podrán llegar á conjurar su enfermedad.

—¡Dios lo quiera! contestó el médico meneando la cabeza, Dios lo quiera! pero sin un milagro, eso no puede tener efecto.

Inmediatamente sangró á Jorge, prescribió algunos calmantes y se fué ofreciendo volver al día siguiente.

—Bella, dijo madama Van-Eyckens cuando el doctor se habia alejado, llevate mi hijo á tu desvan; así tendrás cuidado de él durante la noche.

—Y volveré aquí luego que se duerma.

—No, quédate con él.

—¡Que! ¿quereis que os deje sola con el amo? exclamó la criada señalando á Jorge, que paseaba á largos pasos con una agitacion frenética.

—Sí; mi querida Bella.

—Velaré aquí con vos.

—La enfermedad de mi marido será demasiado larga, y demasiado tendrás que velar, pobre Bella.

Esta obediencia y se llevó consigo al niño. Paulina, hallándose sola con el enfermo se arrodilló para orar.

—No reces, dijo Jorge, se acerca la media noche, tus cruces espantarán á la hechicera y entonces no podré conseguir mi tesoro.

De repente arrojó un grito que partía el corazón.

—Jamás, decía, jamás. A este precio ya puedes guardarte tu tesoro, satanás. Nunca lo compraré con la sangre de mi hijo.

Poniéndose á escuchar como si le hablara una voz infernal, hizo seña á su mujer para que se acercara.

—Has oído lo que Satanás me aconseja? Bien mirado, ¿qué importa un niño? pronto tendremos otro. Adriano no tiene más que seis años; así se irá derecho al cielo y se colocará entre los santos inocentes: y al mismo tiempo le liberto de las pruebas terribles de este mundo. Le hacemos feliz por toda la eternidad y al mismo tiempo nosotros adquirimos inmensas riquezas. ¿Lloras? ¿vacilas? ¡Dios mio! ¡cuán débiles y llenas de preocupaciones son las mugeres! Vamos, dejadme; yo me encargo de todo; vuelve tú la cabeza.

Se levantó, alzó le cortina de la camita del niño, y dió repetidas veces con un cuchillo que habia cogido sin que lo viesen durante la visita del médico.

Paulina dió un grito de espanto, Si el niño hu-



biera estado allí, el loco se había arrojado sobre la cama con tanta precipitación que hubiera sido imposible el impedirlo.

—Muger ¿tú gritas? tú te conmueves? Mira ya el diablo se asusta y quiere huir. No; quieto, satanás. Ya que esa muger se ha hecho culpable voy á castigarla, su sangre te será agradable, estoy bien seguro, voy á hacerla correr.

Y se adelantó hacia ella blandiendo el cuchillo.

—Es preciso morir, te digo; el ángel caído me pide tu sangre.

—En nombre de nuestro hijo! ¡gritó Paulina, perdóname Jorge; vuelve á la razón.

—He aquí una loca que me acusa de locura. Resígnate y muere....

Corrió hacia ella; Paulina se hizo atrás; con el movimiento repentino é involuntario que hizo para escapar, tiró al suelo la lámpara y quedó el aposento en una profunda obscuridad. El loco bramaba, golpeaba las paredes con el cuchillo, rompía los muebles y esparcía por todas partes los pedazos. Paulina desatinada, halló medio de refugiarse en la cocina y atrancar la puerta con una mesa y otros muebles. Jorge continuó toda la noche en sus violencias y arrebatos. Al despuntar el día, vencido por el cansancio, cayó sobre el pavimento y se durmió profundamente.

Cuando bajó Bella al cuarto de su señora, se quedó espantada; los muebles rotos y hechos pedazos; todo estaba desordenado en aquella habitación tan arreglada y linda poco antes. Paulina, con toda la cara ensangrentada la espalda llena de contusiones y esparcido el cabello, corrió á ella medio muerta y casi sin poderse sostener.

Se buscó al médico á toda prisa. A vista del triste espectáculo que se ofreció á sus miradas, el anciano suspiró tristemente.

—Ya lo veis, señora; mis funestas previsiones se han realizado demasiado á la letra. No solamente vuestra vida sino también la de vuestro hijo, están espuestas á los furiosos de un loco. Es preciso separaros de él.

—Nunca tendré valor para ello,

—Y sin embargo es necesario. En calidad y con mi autoridad de médico lo exijo.

Mandó buscar un coche de alquiler é hizo señal á Paulina de que se alejara.

—No presenciéis esta triste escena, señora, retiraos; la violencia del mal hace indispensables ciertas precauciones penosas.

—Después de la noche que he pasado, contestó ella, hay valor en mí, caballero, para todo lo que sea padecer.

Tres hombres entraron en el aposento para

atar y sujetar al loco. El ruido de sus pasos despertó á Jorge; levantó la cabeza; miró sorprendido á su rededor, y parecía admirado al ver el desorden que reinaba en el aposento. Se tapó con las manos su frente desgreñada, reunió sus ideas y acabó por comprenderlo todo.

Entonces dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho.

—He aquí en lo que he venido á parar, dijo; Paulina ¡Adriano! ¡mi esposa! ¡mi hijo! ¿No los he asesinado en mi delirio? Quiero verlos, quiero apretarlos contra mi corazón.

Paulina se precipitó en los brazos de su esposo.

—¿Y qué, dijo Jorge separando los cabellos de Paulina, he sido yo, pobre muger, ha sido mi mano la que ha herido tu frente? ¿soy yo el que te ha maltratado, el que te ha hecho tan desgraciada? ¡Ah! tú debes maldecirme.

—Dejemos esos tristes recuerdos, Jorge. No hablemos más de los accesos de una ardiente fiebre, de unos trasportes que ya pasaron, y no se renovarán nunca. Jorge, ya estás bueno gracias á Dios.

—¡Bueno; oh! sí, sí, contestó él. He estado muy malo. Rodeado de visiones, un demonio me seguía señalándome un montón de oro; en cambio pedía sangre; todo ha sido sueño, un sueño horrible. Pero ahora, no siento nada. Respiro con facilidad, mi corazón late libremente, y aun me parece que mis ojos no han percibido nunca una claridad tan dulce como en este momento. Paulina, ve á buscar á nuestro hijo, quiero abrazarle después de tanto padecer,

—¡Bandito sea Dios! dijo ella entre dientes; ¡se ha salvado!

—¡Está perdido! exclamó el doctor en voz baja. Los síntomas que él mismo acaba de describir son los precursores de otra nueva crisis. Guardaos bien de traerle á vuestro hijo: subíos adonde él está, y quedaos allí hasta que yo vaya á buscaros. Todas estas emociones os matan y vuestra salud es demasiado preciosa á vuestro hijo para que la espongais sin necesidad.

La pobre joven aturdida obedeció al médico y subió á la buardilla, adonde dormía Adriano con un sueño pacífico y profundo. Quiso ella sentarse junto á su hijo, pero el desasosiego y angustias que experimentaba, la obligaron á levantarse, abrió la ventana maquinalmente, y por una especie de vertigo se vió precisada á acechar lo que pasaba á su alrededor, y espiar el fatal momento en que debía partir el carruaje.

Al pronto no oyó nada; luego distinguió voces; poco después gritos y el ruido de una lucha. De repente la ventana de su aposento saltó hecha



pedazos; los cascos de vidrio cayeron al suelo haciendo un sonido metálico. Un ruido sordo, siniestro y espantoso se hizo oír unos momentos, y después un golpe contra el pavimento.

—¡Ha muerto! gritaron muchas personas inclinándose hacia el suelo para levantar un cadáver.

(Continuará.)

E. B.

FIN DE LA PRIMERA PARTE'

## FANTASIA.

En las largas veladas del invierno, cuando el cierzo en su ímpetu hace crugir las ramas de los mas corpulentos árboles, desprovistos de la hermosa vestidura que espléndida les dá la primavera; cuando el frío entumece nuestro cuerpo, y buscamos con afán el calor de nuestros hogares; oí contar en mis primeros años un cuento, que entonces me entretenió, luego lo recordaba á medida que iba creciendo, y hoy no se aparta de mi memoria. Y no creais que es una de esas historias que se recuerdan por lo vivo de su colorido, nó; es sencilla, triste y la oí contar, me acuerdo como si fuera ahora, en una noche tenebrosa; la nieve caía blandamente sobre la espesa alfombra que formaba segun iba cayendo; el cielo estaba blanquecino, apenas parecía nublado, y el silencio de aquella noche oscura en la tierra, y casi blanca en el cielo, contribuyó á grabar en mi memoria los episodios que un venerable anciano nos relataba, sentados todos próximos al hogar de una antigua casa que formaba parte de las que componian un apartado pueblo. Y por si teneis la dicha mayor que se puede apetecer en este valle de desventuras, que es la de llegar á viejo, y quereis entonces despertar la atención de algun muchacho que escuche, como me sucedió á mí, os lo voy á contar, tal y como lo oí.

Allá por el año en que nacieron los que entonces contaban ochenta, y en una deliciosa mañana del mes de mayo, marchaba cavizbajo por un estrecho

sendero rodeado de rojas amapolas y cándidas margaritas, un jóven de arrogante presencia; nada parecia distraer su pensamiento; ni el nacarado cielo, ni la verde alfombra, sobre la que se alzaban árboles, ostentando dorados frutos, lijeraamente inclinados hacia la tierra, como queriendo decir que todo vuelve á ella; ni la perfumada brisa, que suave hacia inclinar el delgado tallo de las flores; nada veía en rededor, solo su pensamiento quizá.

Caminaba, y cuando el terreno presentaba un alto, y lo vencía, volvía su rostro, en el que se notaba una profunda pena, miraba lejos, y su pecho dejaba escapar un suspiro que nadie oía, pues la brisa se lo llevaba, y el canto alegre de las aves que lijeras saltaban derama en flor, contestaban solo á sus penas... y volvía á caminar, y su vista siempre fija sobre la tierra...., ¿Os figuráis quien es? nos preguntaba el anciano, que á la rojiza luz de las brasas de la chimenea, nos contaba el cuento, y todos callábamos, que equivalía á decir que nó.

Caminaba, ya bajando laderas, ya cruzando prados estensos y hermosos, ya saltando arroyos de pura y cristalina agua, ya atravesando anchos arroyos, en fin caminaba siempre solo, paraba en los pueblos, pero en lo mas desierto, en lo mas apartado de las gentes, en medio del cementerio.

Allí miraba á su alrededor, y delante de algun nicho, ó de alguna fosa, repetía con voz lastimera pero aguda y penetrante:

«Solo yo velo aquí, ellos te olvidaron.»

Y seguía caminando con el mismo paso seguro y firme, y siempre cavizbajo salía del cementerio, alejándose por los montes, y se perdía en la distancia.

Aquí el anciano cortó su narración, sin duda para observar mejor el efecto que nos producian sus palabras, y como viera que todos calláramos esperando con avidéz el fin, volvió á empezar así.

—Mas, habeis de saber que este mancebo era constante objeto de persecución, por parte de una jóven triste, enflaquecida, como si tuviera un pesar profundo, que nunca pudiera desechar; era su cara de una blancura tan limpia y pura, que parecia de marfil, hábilmente modelada; su trage pardo, y negro el largo velo que la cubría; caminaba tanto como el jóven, pero siempre llegaba después que él, por eso cuando el jóven entraba en las ciudades, ligero corría á las grandes fiestas, á los suntuosos salones,



á los hospitales y capillas, á las plazas y calles, entonces se paraba, pero siempre su vista miraba á la tierra; y la jóven perezosa, acudía cuando las fiestas tocaban á su fin, cuando los salones se oscurecían, cuando en los hospitales se quejaban ó morían, cuando lloraban los asilados, cuando en las plazas, calles y paseos solo cruzaban pobres y llorosos, como contraste del placer y la riqueza anterior, y la pobre jóven mas lánguida recorría la ciudad y nunca encontraba dicha, alegríani placer, solo si lo que ella esparcía, lo que es ella... *La pena...*

Tampoco encuentra al jóven que persigue, y redobla su esfuerzo, y se aleja de la ciudad que desde lejos mira oscurecida por el negro crespon que siempre cubre sus ojos; atraviesa montes y rios, pueblos y aldeas, y nunca le ve; entonces en lo mas elevado de las colinas, en lo mas silencioso de los bosques, se decide á llamarle, y con voz debilitada y quejumbrosa repite: ¡Sentimiento! ¿dónde estás?

Y como si el universo entero, la humanidad toda contestara, oye una voz potente que dice:

¡Aquí!...

¡Ah! y cuán feliz era yo, cuando oí este cuento, en mi primera juventud, cuando mis pocos años y mi ninguna esperiencia nó solo podían explicar, cuando mi corazón no abrigaba pena, cuando todo me sonreía; entonces no sabía, como luego supe, que la felicidad solo reside en la vida eterna, donde no hay sentimiento ni pena: que el corazón que anima la vida en la tierra, solo marcha por el camino del error, donde se encuentra siempre el sentimiento, y en pos de él la pena; y que la pena y el sentimiento se apoderan de él, aniquilándolo, persiguiéndole hasta darle muerte. ¡La muerte! la eternidad, á donde no llega ni puede llegar el poder de las miserias de la tierra, porque la mano poderosa, la mano omnipotente de Dios, aparta de la vida eterna la pena y el sentimiento, que aquí lo recorren todo, sin que un solo espacio, una sola existencia, un solo corazón puedan escapar á su influjo.

Desde mi infancia jamás he olvidado este cuento, sin duda por que mi corazón empezaba desde entonces á estar agoviado por un sentimiento y una pena.

Angel Arrieta.

## CORRESPONDENCIA.

*Orotava. (Canarias.)* Señora doña F. J., quedan anotados los 20 rs.

*Puebla de los Infantes.* Señor don J. M. C., recibidas las 3 pesetas y anotadas de la manera que indica.

*Burgos.* Señora doña F. G., viuda de H., en nuestro poder los 40 rs., con los cuales deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Coo.* Señor don S. V., recibidos los 11 rs., deja abonado hasta fin de marzo del 80.

*Cádiz.* Señor don F. R., resta usted 8 rs. hasta fin de diciembre del 79, envíe la nota de los números que le faltan y se les remitirán.

*Herramellari.* Señora doña A. M. R., con los 16 rs. deja pagado hasta fin de junio del 80.

*Ibica.* Señora doña M. R. N., Recibí los 24 rs., gracias por su bondad. Tanto V. como doña C. E., dejan abonado hasta fin de junio del 80.

*Sobrado.* Señor don R. María P., se recibieron los 10 rs.

*Torre D. Jimeno.* Señor don P. L., en nuestro poder los 24 rs., dejando pagado con ellos hasta fin de noviembre del 80.

*Torre Vieja.* Señora doña M. S., anotados los 12 rs., abonando hasta fin de abril del 80.

*Sevilla.* Señor don M. R., tiene abonado enero y febrero del año 80.

*Arrazua.* Señora doña E. B., queda pagado hasta fin de octubre del 80.

*Bordalba.* Señor don R. M., recibí las 12 pesetas, anotadas de la manera que indica.

*Calahorra.* Señor don J. R. de Y., le remitimos los números que pide.

*Marchena.* Señor don J. M. L., recibidos los 308 rs. que por encargo de V. envía don E. R. G.; se le suplica indique el nombre de los individuos á quienes debe abonárseles dicha cantidad.

*Machacon.* Señor don J. P., se recibieron los 20 rs.

*Villanueva de Cameros.* Señor don C. R. de la P., con los 22 rs. que envía, deja abonado hasta fin de setiembre del 80.

*Villamarciel.* Señora doña Y. L. S., recibí los 24 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 80.

*Arcediano.* Señor don E. D. A., anotados los 24 rs.

*Moron de la frontera.* Señora doña J. M. de M., deja abonado con los 48 rs. que envía hasta fin de marzo del 80.

*Costantina.* Señoras doña E. A., doña D. S., doña D. R., doña R. F., doña D. M., doña A. C., doña F. S., doña doña T. S., doña R. R., doña D. G., doña C. M., doña D. A., tienen abonado hasta fin de diciembre del 79.

*Espinosa de Villagonzalo.* Señora doña P. M., doña C. H., doña F. M., doña E. G., doña D. A., doña N. M., tiene abonado hasta fin de agosto.

La Directora.

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia»